

# Cocinando la Paz

*con los pueblos afrocolombianos, negros, raizales  
y palenqueros de Colombia*



El bus se acerca a mi destino. Desde que me subí ha sido imposible dejar de pensar en cuánto habrá cambiado desde hace diez años, cuando me fui. He vuelto porque mi tío Antonio murió; debo ir a despedirlo, a estar con mi familia y a animar el canto de las abuelas durante los nueve días y las nueve noches.





. Estar en familia me hace falta: los recuerdos de esa infancia hermosa —jugando en el arroyo, lavando la ropa, yendo a bailar al picó de Píter y ayudando a mi madre a hacer los dulces que cada madrugada salía a vender hasta Cartagena pa' sacarnos adelante— me llenan de nostalgia, de orgullo y de admiración por mi gente. ¡Quiero verlos a todos ya!



Me fui a estudiar derecho con el sueño de poder ayudarles a mi mae, a mis tíos y a los vecinos, pero con el tiempo ese sueño se fue agrandando. Ayudarle a mi familia se quedó chiquito, porque muchas veces pa' poder ayudarle a una persona primero hay que arreglar el mundo en donde vive; pa' que en el palenque mi mae pudiera estar tranquila al ver a los primos cogiendo pa' cualquier parte, primero tenía que saber que los niños —cualquier niño, cualquier niña— podían salir del pueblo sin miedo a que se los fueran a llevar pa'l monte.

De repente, mi amigo Félix se sube a la flota. Hace años no lo veo. Lo saludo emocionada y recuerdo cuando nos dijimos adiós en el portal de la casa de mi tío, que en paz descansa. Me cuenta las noticias de los últimos años y cómo se han vivido en el palenque los cambios con el Acuerdo de Paz con las FARC. Noto esperanza, pero al mismo tiempo desconfianza: la gente acá no le come entero al Gobierno. Pero esta vez la cosa es diferente, así que mi tarea es contarles por qué las cosas serán distintas. Eso le cuento a mi amigo. También le hablo de mi vida y le explico que ahora soy abogada; que he trabajado mucho rato por los derechos de nuestra gente negra, raizal y palenquera, y que recientemente he sido elegida Magistrada del Tribunal para la Paz de la JEP. Él, algo confundido, me pregunta: «¿Y qué es esa vaina?».



Ya en la bajada de la flota, esperando la pasada del carro pa' coger pa'l palenque, nos resguardamos a la sombra de un palo, donde le cuento qué significa ser magistrada. Le pregunto si alguna vez ha visto a una jueza o a un juez. Me dice que sí, entonces yo le digo que ser magistrado es lo mismo, solo que implica tomar decisiones en las altas cortes, como la Corte Suprema de Justicia o la Corte Constitucional. En mi caso, esa corte se llama JEP, que significa: Jurisdicción Especial para la Paz.





Tomamos una camioneta y empezamos a andar por la destapada hacia San Basilio. La cosa se pone buena cuando Félix saca unos enyucados deliciosos, que nos devoramos sin dudarlo. Mientras lo hacemos empieza a preguntarme qué va a pasar con las personas que han sido víctimas del conflicto: «¿Cómo se le va a ayudar a la gente que perdió su tierra? ¿Qué va a pasar con las familias que todavía están buscando a otros miembros que salieron un día y nunca regresaron?». Le digo que la coja suave, porque si le suelto toda la información en un solo tандazo se va a confundir. Le propongo que se venga pa' mi casa, que mi mae y mis tías me tienen una comida de bienvenida, y que ahí le puedo contar todo en detalle. Me dice que primero va a ir a saludar a su familia y luego visitará la mía.



Al llegar a casa veo las mecedoras vacías, lo que me hace pensar que es hora del almuerzo. Camino apurada pa' encontrarme con mi gente cuando comienzo a oír un canto de cocina, una costumbre de toda la vida con la que dicen que se sazona mejor la comida (por eso dicen que cuando cantamos alegramos los alimentos). Voy entrando despacito. Sin que nadie se dé cuenta, empiezo a seguir el canto. Apenas suena mi voz en esa cocina se arma la escandola: «¡Mija! ¡Qué alegría verla!», dice mi tía Yuli con lágrimas en los ojos. «¡Cómo está de bonita!», agrega mi tía Calixta. Mi mae, como siempre, se pone a decirme que estoy demasiado flaca, porque, según ella, «allá en la capital no se hace más que trabajar». Me río y la abrazo.

De repente, todas recuerdan que estoy ahí por la muerte de mi tío y empiezan a llorar. Su dolor y el mío se entremezclan en la melodía de la canción preferida de ese viejo hermoso y alcahueta al que tanto quise. Así, me voy juntando a la cocinada de un delicioso pescaíto sudado con arroz de coco y patacón. Al rato, mi tía Calixta, que conoce de temas sociales, me pregunta si yo, que trabajo en cosas de paz, confío en que el Acuerdo se vaya a cumplir, porque a ella le da algo de esperanza saber que las cosas han cambiado un poco con el desarme de las FARC. Le digo que toca confiar porque, por ejemplo, en el Acuerdo hay un Capítulo Étnico que dice que se deben respetar los derechos y costumbres de los pueblos étnicos, y que lo relacionado con el Acuerdo debe consultarse con nosotros, pa' que las cosas se hagan con el apoyo de nuestras autoridades, y de acuerdo con de acuerdo con nuestra cultura y nuestras necesidades.





Cuando terminamos de preparar la comida, mi mae me dice que vayamos al patio a coger fresco. Al salir, oigo a Félix y a toda mi familia gritar: «¡Sorpresa!». Están debajo de ese árbol que mi mae llama Bekos, por tener tronco y raíces enormes que soportan nuestras vidas y las de nuestros ancestros. Los abrazo a todos con fuerza antes de que nos sentemos a comer en el mesón de siempre. Luego de un rato de actualizarnos y de hablarles de mi nuevo cargo, mi cuñada me dice que uno de sus primos lleva diez años sin asomarse por el pueblo y que, así como él, hay muchos.

Le digo que el quinto punto del Acuerdo de Paz —que trata sobre las víctimas del conflicto— creó el Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición (SIVJRNR). Le explico que esto busca aclarar lo ocurrido en el marco del conflicto, así como satisfacer los derechos de las víctimas y ofrecer garantías pa' que algo así no vuelva a suceder. Además, en ese sistema hay una Unidad de Búsqueda pa' localizar y facilitar el regreso a casa de las personas desaparecidas.

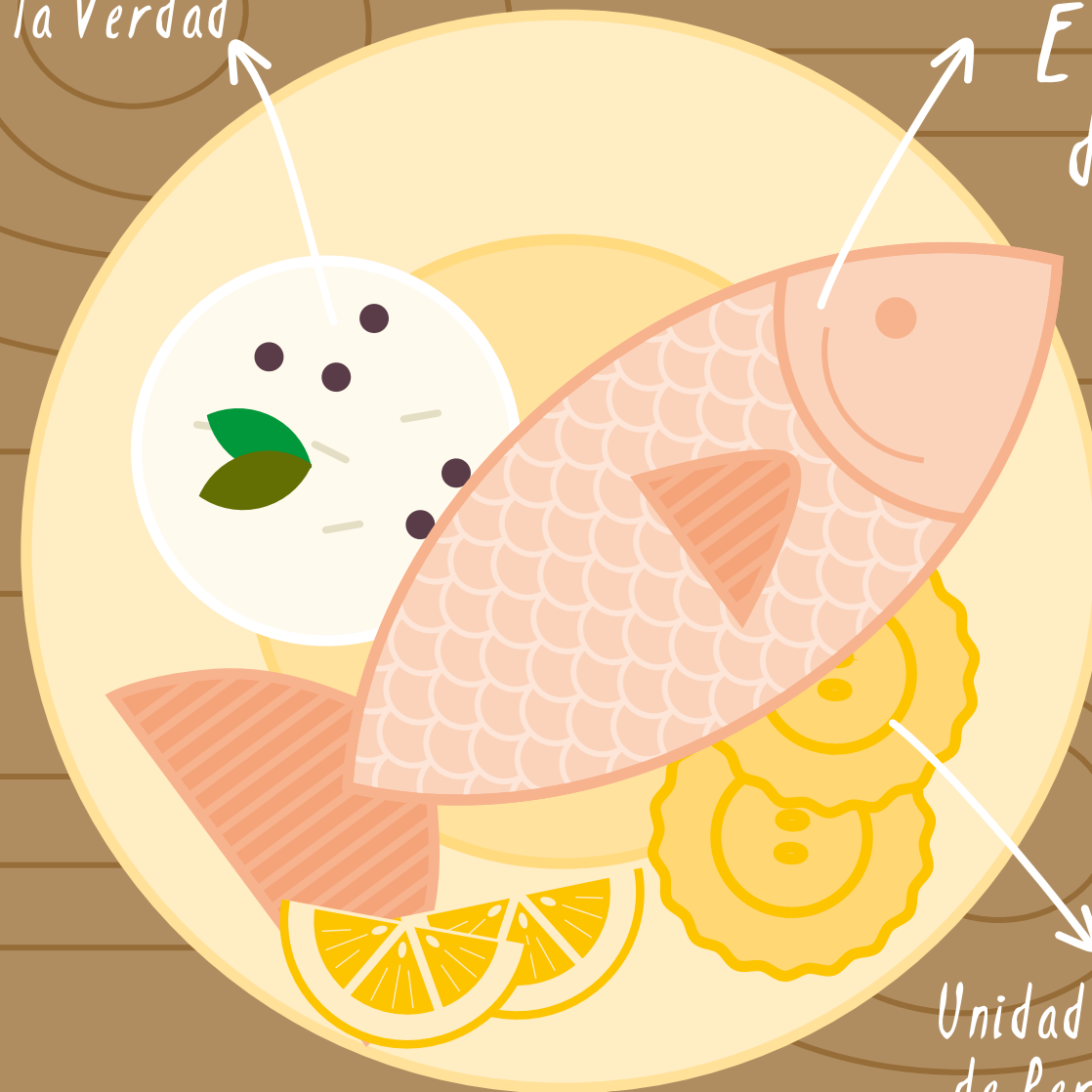


Nos ponemos, entonces, a recordar a mi tío Antonio. Félix menciona a su único hijo, al que se llevaron pa'l monte a los catorce años. No se supo más de su vida. Les digo que imaginen que el plato que nos estamos comiendo es el Sistema Integral de Justicia: el arroz con coco es como la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, que se encarga de investigar todo lo sucedido en el marco del conflicto y, así, aclarar qué fue lo que realmente pasó, cómo pasó, quién lo hizo y por qué lo hizo; el patacón es como la Unidad de Búsqueda de Personas Dadas por Desaparecidas, que ayuda a encontrar a las personas desaparecidas que estén vivas y a localizar y hacer una entrega digna de los restos a sus familiares en los casos de fallecimiento; finalmente, el pescaíto, la parte más nutritiva y esencial del plato, es como la JEP, donde yo trabajo como magistrada. Es como una corte —pero temporal— donde se investiga y se castiga al que haya hecho malas vainas en el marco del conflicto.

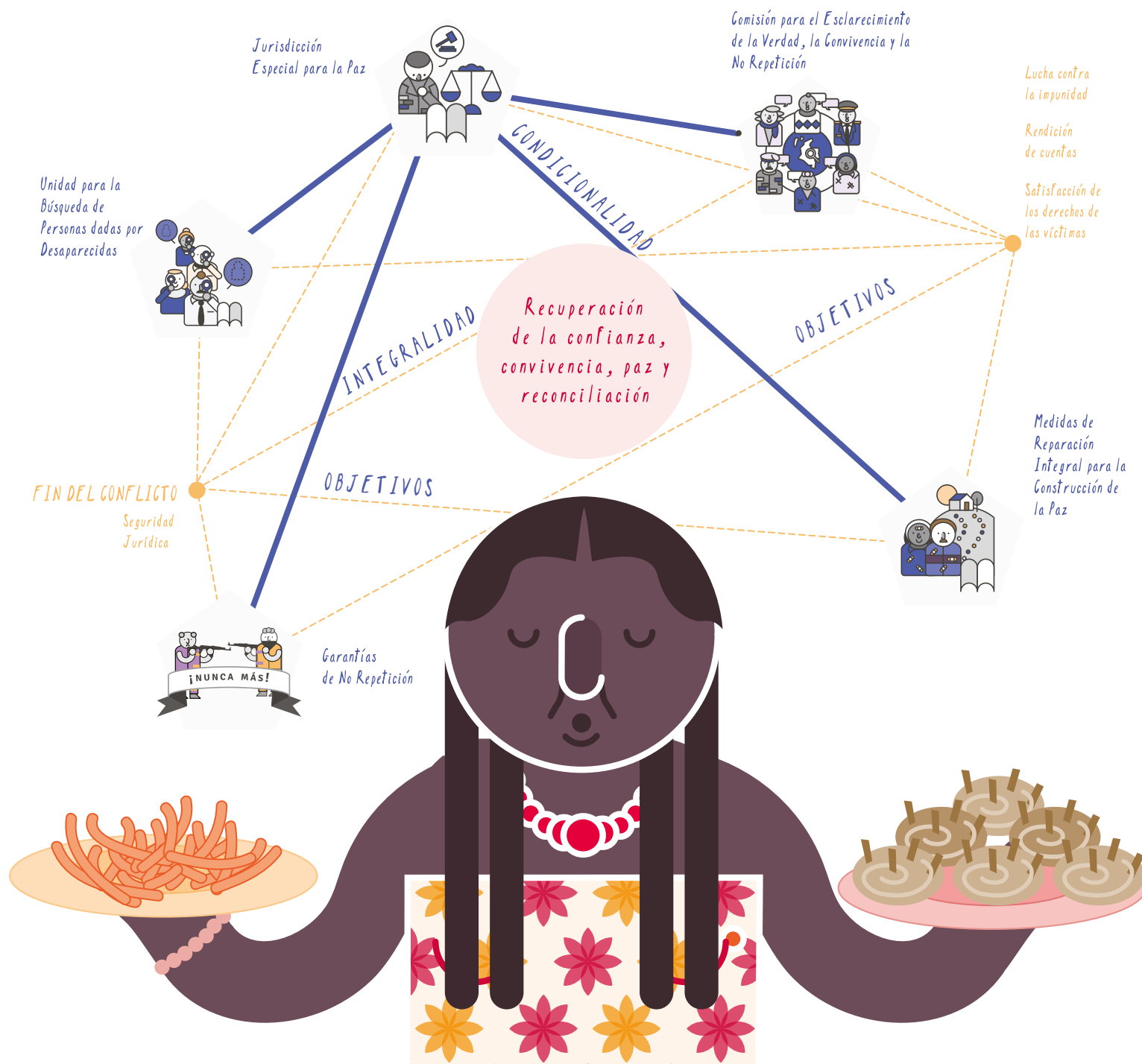
## SISTEMA INTEGRAL DE JUSTICIA

Comisión  
para el Esclarecimiento  
de la Verdad

Jurisdicción  
Especial  
de Paz



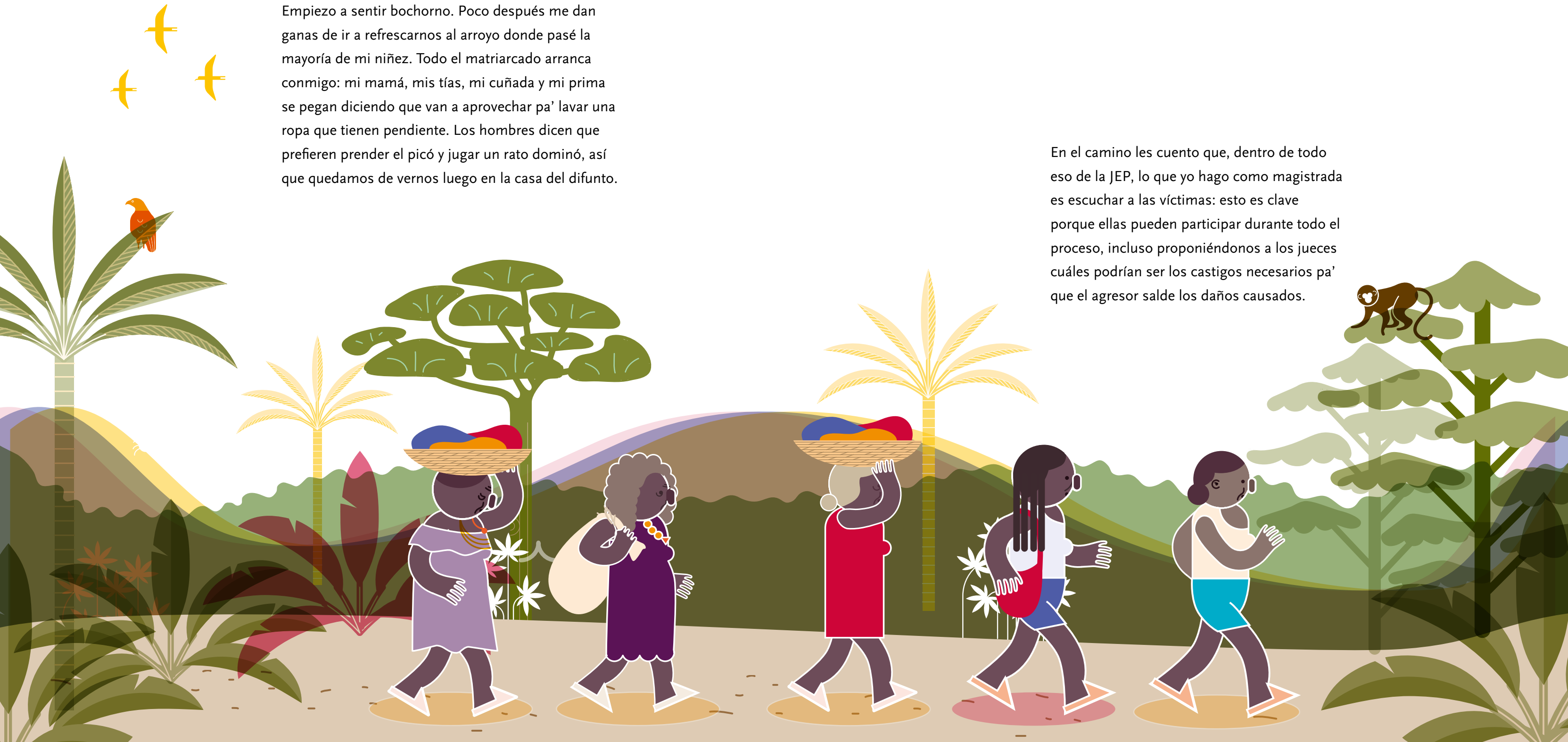
Unidad de Búsqueda  
de Personas dadas  
por Desaparecidas



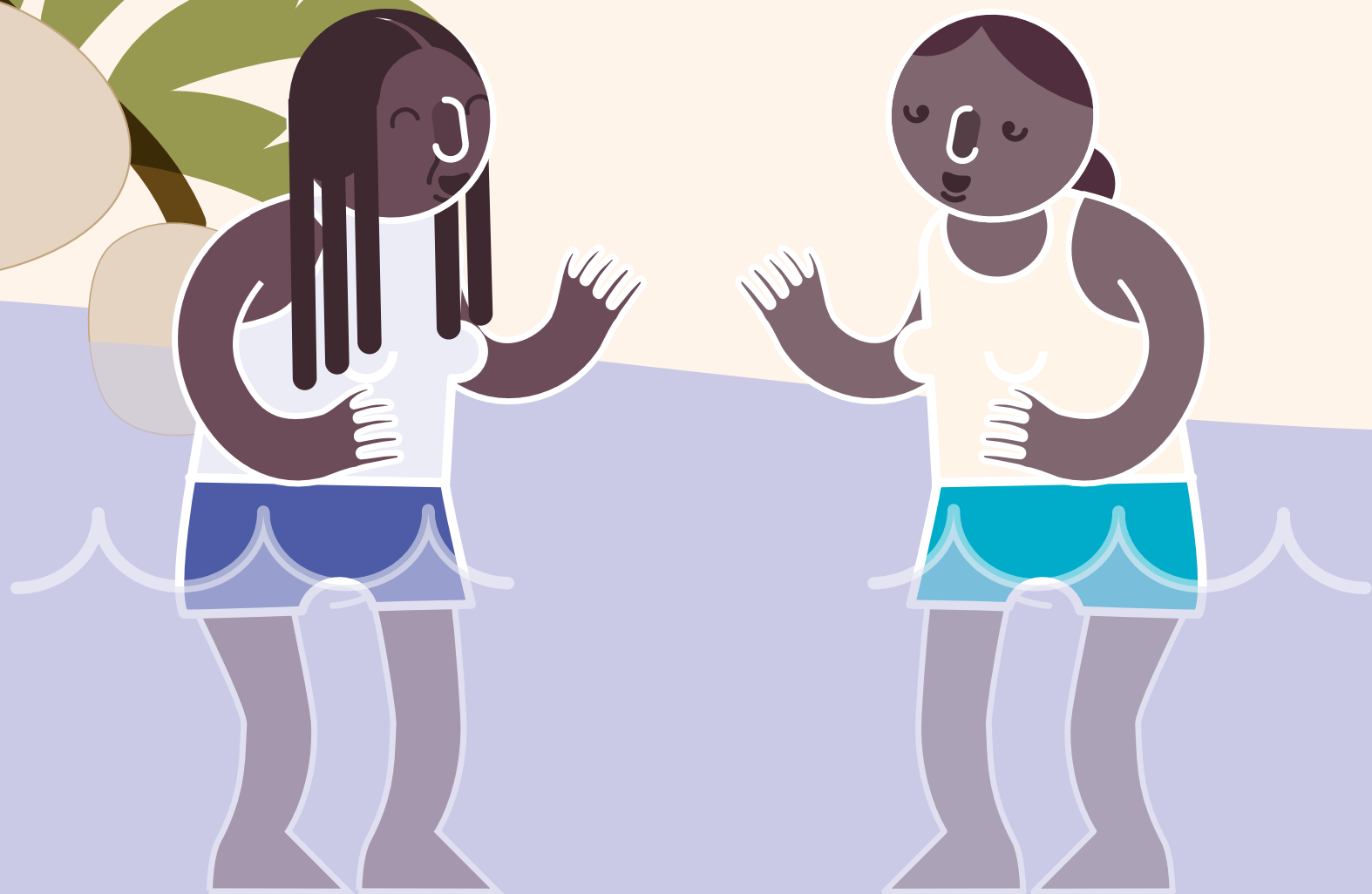
Al terminar ese suculento plato, mi mae nos trae dulce de papaya y cocadas. Esto de inmediato me transporta a mi infancia, cuando nos embutíamos a escondidas cientos de dulces típicos con mis primos, solo pa' que mi mamá nos regañara por descompletárselos pa' la venta. Félix interrumpe mi recuerdo preguntando cómo se maneja en la JEP el tema de los delitos graves. Le cuento que hay dos caminos: cuando una persona ha cometido delitos que no son perdonables puede aceptar o negar su responsabilidad; si suelta la verdad enterita, puede recibir penas de cinco a ocho años que no necesariamente harán que esté en la cárcel, sino trabajando pa' revertir lo que hizo. Si cuenta la verdad al final, cuando ya estemos a punto de dictarle sentencia, tendrá que cumplir el mismo tiempo, pero con cárcel, porque su negación habrá significado la apertura de investigaciones y demás. Ahora, si el sutano no acepta y se comprueba que es culpable, la pena puede ser de entre quince y veinte años de cárcel.

Empiezo a sentir bochorno. Poco después me dan ganas de ir a refrescarnos al arroyo donde pasé la mayoría de mi niñez. Todo el matriarcado arranca conmigo: mi mamá, mis tías, mi cuñada y mi prima se pegan diciendo que van a aprovechar pa' lavar una ropa que tienen pendiente. Los hombres dicen que prefieren prender el picó y jugar un rato dominó, así que quedamos de vernos luego en la casa del difunto.

En el camino les cuento que, dentro de todo eso de la JEP, lo que yo hago como magistrada es escuchar a las víctimas: esto es clave porque ellas pueden participar durante todo el proceso, incluso proponiéndonos a los jueces cuáles podrían ser los castigos necesarios pa' que el agresor salde los daños causados.

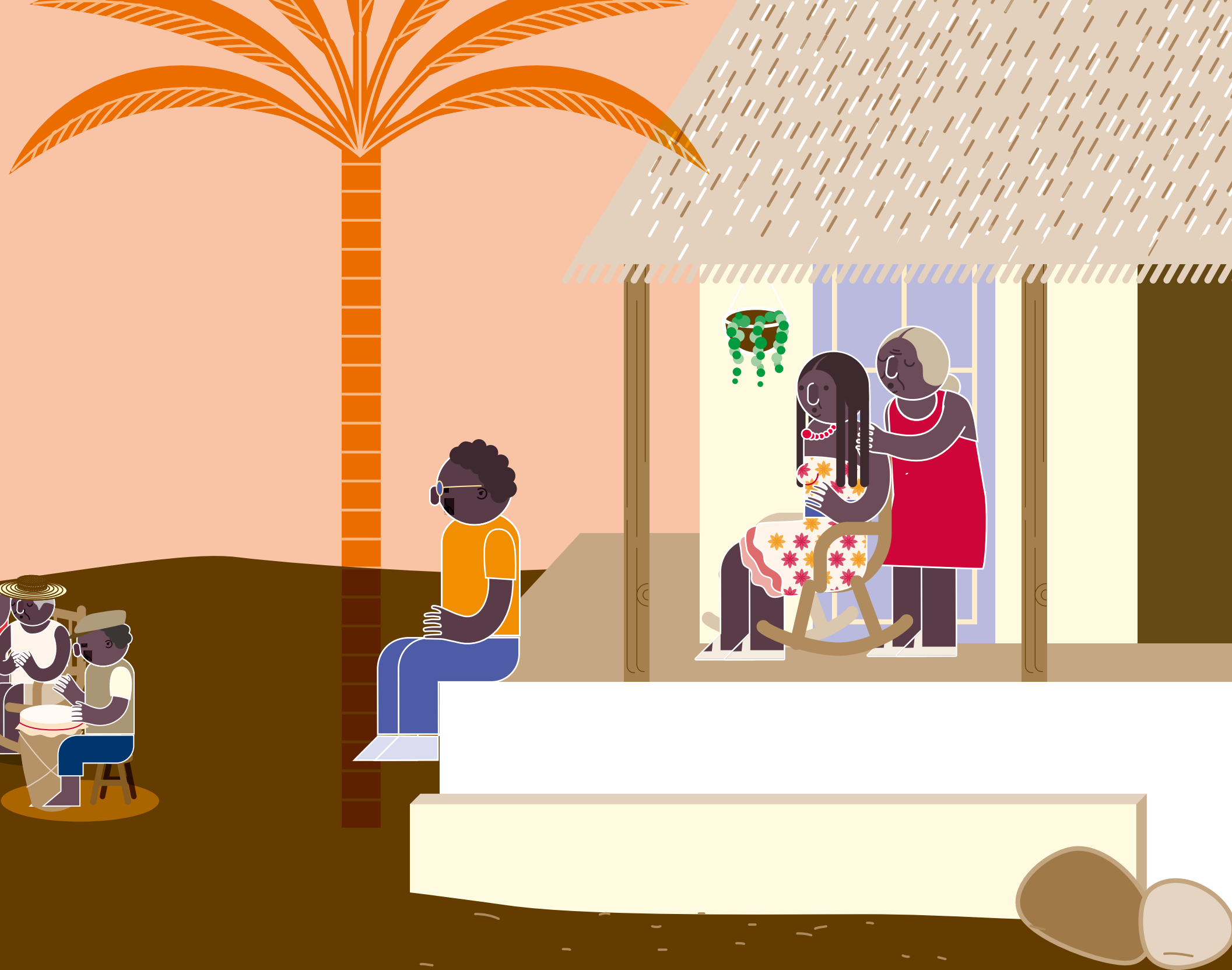
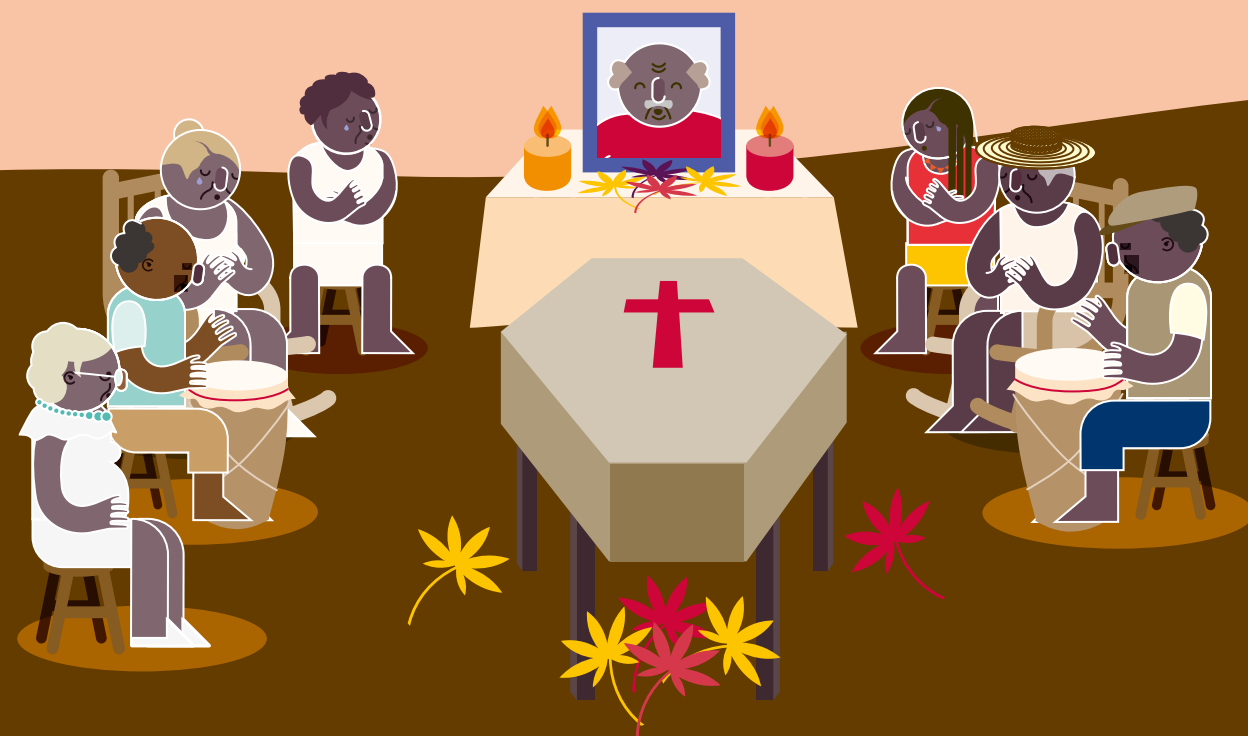


Mientras me refresco en el agua con mi prima,  
oigo a mis tías, a mi cuñada y a mi madre hablar  
de las últimas noticias del pueblo. Allá, donde  
ellas lavan, es donde uno se entera de todo, tanto  
así, que al arroyo le dicen «El periódico».



No sé a qué hora se nos pasa el tiempo, pero,  
de repente, son casi las cinco y tenemos que  
salir corriendo donde el tío Antonio. Es hora de  
despedirlo, de decirle adiós a ese hombre sabio de  
quien heredé este deseo incontenible de ayudarle  
a mi gente. Por fortuna, él es la primera persona  
que muere de vieja después de tantos años de  
acostumbrarnos a que los fallecimientos fueran  
por la mano armada del otro. Termino apurando  
a todo el mundo, porque quiero estar presente  
en el Lumbalú, que está a punto de comenzar.

Cuando llegamos, mi mamá me dice que nos sentemos en la mecedora del tío Antonio, lo único que de verdad le hubiera gustado llevarse al otro lado. Me siento y mi mae se me planta al lado, agarrándome del hombro. Se le nota que estar ahí le trae recuerdos del viejo. Ambas lo quisimos con el alma. Nos quedamos mirando el horizonte un buen rato, conteniendo las lágrimas. De repente llega Félix y me pregunta, como pa' pensar en otra cosa, por las autoridades actuales del Palenque. En particular, señala que estas autoridades propias también deben ser escuchadas y que su opinión sobre todos estos procesos del Acuerdo de Paz y de la justicia debe ser tomada en cuenta: «No solo valen las opiniones de esos doctores en Bogotá», dice.

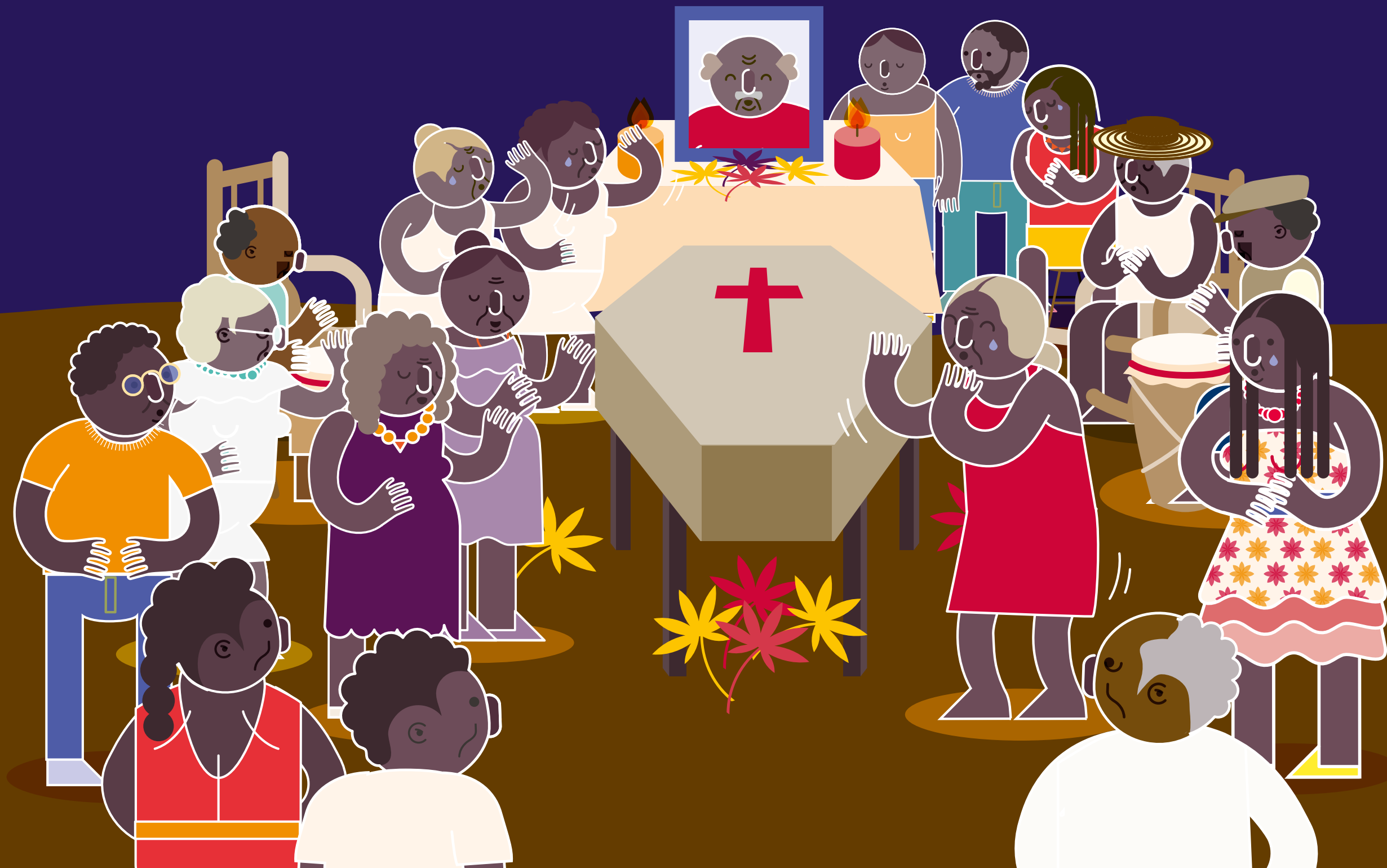


Le digo que se tranquilice, porque en el Capítulo Étnico del Acuerdo dice que el Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No repetición (SIVJRNR) debe respetar las funciones y coordinar con nuestras autoridades ancestrales afrocolombianas todos estos temas, siempre dentro de nuestro ámbito territorial y dentro de nuestros territorios colectivos. Así, entre las dos formas de autoridad encontraremos maneras más adecuadas pa' cumplirles a las víctimas



La tía Calixta se acerca a avisarnos que ya podemos pasar al patio. Mientras caminamos hacia allá, le explico a Félix que, en ese Sistema, cualquier mecanismo judicial y extrajudicial que se defina a propósito de los pueblos étnicos deberá tener una perspectiva igualmente étnica: por eso es tan importante la participación y la consulta de esos mecanismos con nuestras autoridades. Mi tía Calixta me pregunta, entonces, si algo así se va a hacer también con los palenqueros que se fueron al monte y que ahora quieren volver. Le digo que en el Capítulo Étnico del Acuerdo dice que se debe concertar con nuestras organizaciones representativas un programa especial de armonización pa' la reincorporación de los desvinculados de nuestro pueblo que quieran volver a la comunidad. Los que vuelvan tienen que entender nuestro funcionamiento y nuestras reglas de juego, de modo que debemos coordinar cómo serán sus mecanismos de reincorporación a nuestra comunidad: aunque muchos de ellos no vienen hace años, deben entender que las cosas han cambiado y que deben respetar nuestro territorio, nuestras autoridades y la manera en que nos hemos organizado como comunidad.





Apenas termino de explicarles todo esto escucho a las mujeres recitar los primeros cantos pa' mi tío: es el Lumbalú, que apenas está comenzando. Me acerco a las abuelas, toditicas vestidas de blanco: están entonando esas hermosas melodías a los que se van. Comienzo a bailar junto a ellas, pensando bonito y despidiéndome con amor de mi tío Antonio, pa' que su espíritu se vaya tranquilo y lleno de todo nuestro gran amor. Sé que estaría orgulloso de mí, por trabajar para mi familia y mi pueblo, y que se alegraría de todo lo bueno que se viene pa' nosotros de ahora en adelante.

